

SAN AGUSTÍN

CONFESIONES

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ALFREDO ENCUESTRA ORTEGA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ALBERTO MEDINA GONZÁLEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A., 2010

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.

www.rbalibros.com

Depósito legal: M-24506-2010

ISBN: 978-84-249-1505-6

Impreso en España. Printed in Spain.

Impreso en Top Printer Plus

LIBRO XI

*Acción de gracias
por sus Confesiones*

Siendo tuya la eternidad, Señor, ¿aca- 1
so ignoras lo que te estoy diciendo o ves
en dimensión temporal lo que sucede en
el tiempo? ¿Por qué entonces te pongo
en orden los relatos de tantas cosas? Al fin
y al cabo, no para que los conozcas por mediación mía, sino
que despierto mi apego a ti y el de aquellos que leen esto, para que
todos digamos:

—*Grande es el Señor, y por entero loable*¹.

Ya lo he dicho y lo seguiré diciendo: por amor a tu amor es
por lo que hago esto². También oramos, es cierto, y sin em-
bargo la Verdad³ dice:

—*Conoce vuestro padre cuál es vuestra necesidad antes de
que acudáis a Él*⁴.

Por ello, nuestro apego a ti lo hemos proclamado confesán-
dote nuestras desdichas y *tus actos de misericordia sobre noso-*

¹ Salmos 47, 2; 95, 4 y 144, 3. Con estas palabras se inician las *Confesiones*.

² Véase II 1, 1.

³ Juan 14, 6.

⁴ Mateo 6, 8.

*tros*⁵, para que, ya que has empezado a hacerlo, nos liberes del todo, y así dejemos de ser desgraciados en nosotros, y nos volvamos dichosos en ti, porque nos has llamado para que seamos *pobres de espíritu, y mansos, y arrepentidos, y hambrientos y sedientos de justicia, y misericordiosos, y limpios de corazón, y pacíficos*⁶.

He aquí las muchas cosas que te he narrado, las que he sido capaz y las que he querido, porque fuiste Tú quien primero quiso que te *confesase, Señor Dios mío, que eres bueno y que tu misericordia es de por vida*⁷.

2, 2

Por otro lado, ¿cuándo lograré dar a conocer con lengua de cálamo⁸ todas tus palabras de ánimo, todas tus terroríficas advertencias, y tus consuelos, y los derrotos por los que me has llevado hasta llegar a predicar la Palabra y a dispensar tu sacramento a tu pueblo? Y aunque logre darlos a conocer por orden, me resultan muy preciadas las gotas de tiempo⁹. Y desde hace tiempo ardo en deseos de *concentrarme en tu ley*¹⁰ y de confesarte en ella mi sabiduría y mi desconocimiento, las primicias de tu ilumina-

⁵ Salmos 32, 22.

⁶ Mateo 5, 3-9.

⁷ Salmos 117, 1.

⁸ Metáfora procedente de Salmos 44, 2. El cálamo era una caña delgada usada para escribir sobre papiro o pergamino.

⁹ Metáfora tomada del reloj de agua o clepsidra. Consistía en una vasija con un orificio que regulaba la salida de agua. De esa forma se medían fracciones de tiempo, no las horas, tarea del reloj de sol. Se empleaba en las horas nocturnas, especialmente en los turnos de guardia militares, y en el ejercicio de la oratoria, marcando la duración de intervenciones.

¹⁰ Salmos 1, 2.

ción¹¹ y los restos de mis tinieblas, hasta que la debilidad acabe engullida por la fortaleza. Y no quiero que se escurran hacia otra cosa las horas que encuentro libres de las necesidades de reconfortar el cuerpo, del trabajo intelectual y de la servidumbre que debemos a las personas y la que no debemos y, sin embargo, tributamos.

Plegaria

Señor Dios mío, *atiende mi plegaria*¹².
 Y que tu misericordia *escuche favorable mi deseo*¹³.
 Porque no bulle sólo en mí,
 sino que quiere ser útil al amor fraterno.
 Y ves en mi corazón que es así.
 Sacrifíquete yo el servicio de mi pensamiento y de mi lengua,
 y concédeme lo *que yo te pueda ofrendar*.
 Es que *soy pobre y sin recursos*¹⁴,
 y Tú *rico con todos los que te invocan*¹⁵,
 Tú que, despreocupado, te preocupas por nosotros.
Circuncida de toda temeridad y de toda mentira
 mi ser interior y exterior, *mis labios*¹⁶.
 Sean tus Escrituras mis delicias castas¹⁷
 y no me engañe en ellas ni engañe yo con ellas.
*Señor, atiéndeme y apiádate, Señor*¹⁸ Dios mío,

3

¹¹ Salmos 17, 29.

¹² Salmos 60, 2.

¹³ Salmos 9, 38.

¹⁴ Salmos 65, 15 y 85, 1.

¹⁵ Romanos 10, 12

¹⁶ Éxodo 6, 12.

¹⁷ Repárese en el significado de *deliciae* en latín como aquello a lo que uno está afectivamente apegado o enamorado.

¹⁸ Jeremías 18, 19 y Salmos 26, 7 y 86, 3.

luz de los ciegos y valor de los débiles,
 y a la vez luz de los que ven y valor de los fuertes;
*atiende a mi alma y escúchala, que clama desde el abismo*¹⁹.
 Porque, si tus oídos no la asisten también en el abismo,
 ¿adónde iremos²⁰?, ¿adónde gritaremos?
*Tuyo es el día y tuya es la noche*²¹;
 a la menor indicación tuya pasan volando los momentos.
 Regálanos de ahí un momento
 para nuestra ejercitación en los recovecos de tu ley
 y no des con su puerta en las narices de quienes llaman²².
 Y es que no quisiste que se escribiesen en vano
 los oscuros secretos de tantas páginas:
 ¿o no tienen esos bosques sus *ciervos*
 que se refugian y recogen en ellos,
 y deambulan y se alimentan,
 y se recuestan y rumian?
 ¡Oh, Señor! *Complétame* y revélamelos.
 He aquí que tu *voz*²³ es mi gozo;
 tu voz, por encima de un caudal de placeres²⁴.
 Dame lo que amo, pues lo amo.
 Y esto me lo has dado Tú:
 no abandones tus dones ni desprecies tu hierba sedienta.
 Te confesaré todo cuanto descubra en tus libros.
*Y escucharé la voz de la alabanza*²⁵.
 Y te beberé. *Y contemplaré las maravillas de tu ley*²⁶,

¹⁹ Salmos 129, 1-2.

²⁰ Cf. Salmos 138, 7.

²¹ Salmos 73, 16.

²² Cf. Mateo 7, 7-8.

²³ Cf. Salmos 28, 9.

²⁴ Cf. Salmos 118, 72.

²⁵ Salmos 25, 7.

²⁶ Salmos 118, 18.

desde el *principio*, en el que *hiciste el cielo y la tierra*²⁷, hasta el *reino* coeterno a ti de tu *santa ciudad*²⁸.

Señor, *apiádate de mí y escucha favorable mi deseo*²⁹.
Y es que no estoy pensando en algo que sea de tierra, no en oro y plata y piedras preciosas, ni en elegantes ropajes, ni en honores y poderes, ni en placeres de la carne, ni en lo necesario para el cuerpo y para esta vida nuestra transitoria, cosas todas ellas que se nos dan por añadidura a quienes *buscamos tu reino y tu justicia*³⁰.

*Mira*³¹, Dios mío, de dónde proviene mi deseo.
*Me contaron los injustos sus deleites, pero no acordes con tu ley*³², Señor.
He aquí de dónde proviene mi deseo.
Mira, padre. Observa, mira y aprueba, y sea de tu agrado que *bajo la mirada* de tu misericordia encuentre yo *ante ti la gracia*³³ de que *se me abran, al tocar su puerta*, los interiores de tus palabras³⁴.
Te suplico por medio de nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, *hombre de tu diestra, Hijo del Hombre*,

²⁷ Génesis 1, 1.

²⁸ Apocalipsis 5, 10 y 21, 2 y 10.

²⁹ Salmos 26, 7; 9, 38.

³⁰ Mateo 6, 33.

³¹ Lamentaciones 1, 9 y Salmos 9, 14.

³² Salmos 118, 85.

³³ Éxodo 33, 13.

³⁴ Mateo 7, 7-8. Este pasaje evangélico es una de las claves de esta obra, como se ha ido viendo, pero cobra especial atención en los tres últimos libros a los que esta plegaria actúa de introducción. Sobre la cohesión de los libros XI-XIII con los restantes, véase el apartado 6.7 de la *Introducción*.

*que te aseguraste*³⁵ como *mediador tuyo y nuestro*³⁶,
por medio del que nos buscaste a los que no te buscábamos³⁷
y, a su vez, buscaste que te buscásemos;
*Palabra tuya por medio de la que has hecho todas las cosas*³⁸,
entre las cuales también a mí;
hijo único tuyo por medio del cual
has llamado en adopción al pueblo de los creyentes³⁹,
entre los cuales también a mí.
Por medio de Él te suplico, el que *está sentado a tu diestra*
*e intercede en favor nuestro*⁴⁰,
en el que están escondidos todos los tesoros
*de la sabiduría y del conocimiento*⁴¹.
Justo éstos son los que yo busco en tus libros.
Moisés escribió sobre Él.
Esto lo dice Él mismo.
Esto lo dice la Verdad⁴².

³⁵ Salmos 79, 18.

³⁶ I Timoteo 2, 5.

³⁷ Cf. Romanos 10, 20.

³⁸ Juan 1, 1 y 3.

³⁹ Cf. Gálatas 4, 5.

⁴⁰ Romanos 8, 34.

⁴¹ Colosenses 2, 3.

⁴² Cf. Juan 5, 46-47.

Quisiera oír y entender de qué modo 3, 5
La Verdad es juez en el ser humano interior *en el principio has hecho el cielo y la tierra*⁴³. Esto lo escribió Moisés⁴⁴. Lo escribió y se fue; cruzó este umbral, desde ti hacia ti, y ahora no está ante mí. En verdad que, si estuviese, lo agarraría, y le pediría —y por media-

⁴³ Génesis 1, 1. Este análisis de la creación, que se va a centrar en averiguar qué es el tiempo, parece destinado a convencer a los maniqueos, cuya doctrina distinguía tres tiempos o momentos cósmicos. Primeramente había una separación total entre el Reino de la Luz y el Reino de las Tinieblas. Después de que el Reino de las Tinieblas atacase al de la luz y capturase partículas de luz en la materia se instauró un periodo de mezcla entre luz y materia, momento histórico que coincide con la misión liberadora de la iglesia maniquea. El tercer y último estadio será una vuelta a la situación inicial: tras desatarse una gran guerra cósmica, pues sólo quedará la materia (pecado), habrá una segunda venida de Cristo para realizar un juicio final y el rescate de las últimas partículas de luz. Todo se desmoronará y arderá 1.468 años. El príncipe de las tinieblas y su séquito serán arrojados a un gran pozo cubierto por una mole pétreo. Sobre este asunto ya había tratado de forma polémica en *Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos* datado en 388-389, muy próximo a la redacción de estas *Confesiones*. En *Las revisiones* 1, 10, afirma que lo que le llevó a escribirlo fue contrarrestar su labor juvenil de proselitismo a favor de los maniqueos, así como los ataques que éstos hacían al relato del Génesis y la repercusión que éstos tenían entre los católicos.

⁴⁴ La tradición bíblica reconoce a Moisés, situado históricamente en torno a los siglos XV-XIII a. C., como autor del Pentateuco, que incluye el libro del Génesis. No obstante, cabe citar aquí la teoría de Julius Wellhausen (1844-1918), que tras realizar un análisis textual de los primeros libros de la Biblia distingue cuatro componentes procedentes de tradiciones anónimas y plasmados finalmente en el Pentateuco por otro(s) autor(es) anónimo(s): la tradición yahvista, caracterizada por referirse a Dios con el nombre de *Yahvé* y que acumularía material procedente de Babilonia y otros pueblos mesopotámicos en torno al 950-800 a. C.; la tradición elohista, situada en torno al 750-700 a. C. y que se refiere a Dios con el nombre de *Elohim*; la tradición sacerdotal, redactada como cuerpo sapiencial durante el exilio en Babilonia; finalmente, la tradición del Deuteronomio.

ción tuya le rogaría— que me aclarase esas cosas, y yo ofrecería los oídos de mi cuerpo a los sonidos que irrumpiesen de su boca. Y si hablase en lengua hebrea, en vano llamaría a las puertas⁴⁵ de mi sentido y nada de ello tocaría mi mente; en cambio, si lo hiciese en latín, yo sabría lo que me dijera.

Pero ¿de dónde sabría si decía la verdad? Pues si también supiera yo esto ¿verdad que no lo sabría por él? Dentro es, al fin y al cabo, dentro, en la residencia del pensamiento, donde la *Verdad*⁴⁶, ni en lengua hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, sin el instrumento de la boca y de la lengua, sin el estrépito de las sílabas, me diría: «Dice la verdad». Y yo, sinceramente, al momento diría con seguridad a ese ser humano tuyo: «Dices la verdad». Así pues, ya que no tengo la posibilidad de preguntarle, a ti te ruego, lleno del cual dijo aquél la verdad, oh *Verdad*⁴⁷, a ti te ruego, Dios mío: *perdona mis pecados*⁴⁸ y, ya que concediste decir esto a aquel siervo tuyo, *concédeme también a mí entenderlo*⁴⁹.

4, 6

Exégesis del primer párrafo del Génesis: creación del cielo y la tierra

He aquí que existen el cielo y la tierra. Gritan que han sido hechos. Y es que cambian y varían. En cambio, en todo cuanto no ha sido hecho y, sin embargo, existe, no hay nada que no existiese previamente, que es en lo que consiste cambiar y variar. Gritan también que ellos no se hicieron a sí mismos:

—Existimos precisamente porque hemos sido hechos: por lo tanto, no existíamos antes de existir para que así pudiésemos ser hechos por nosotros mismos.

⁴⁵ Cf. Mateo 7, 7-8.

⁴⁶ Juan 14, 6.

⁴⁷ Juan 14, 6.

⁴⁸ Job 14, 16.

⁴⁹ Salmos 118, 34; 73 y 144.

Y la voz de los que lo dicen es la misma evidencia. Por consiguiente, los has hecho Tú, Señor, que eres hermoso, pues son hermosos; que eres bueno, pues son buenos; que existes, pues existen. Y no son tan hermosos ni tan buenos ni existen en la misma proporción que Tú, su creador, comparado con el cual ni son hermosos, ni buenos, ni existen. Esto lo sabemos: ¡gracias te sean dadas! Y nuestro conocimiento comparado con tu conocimiento es pura ignorancia.

*Omnipotencia
creadora de Dios*

Por otra parte, ¿cómo hiciste el cielo y la tierra⁵⁰? ¿Y cuál fue el instrumento de empresa tan grandiosa? Pues no los hiciste como un artesano humano que forma un cuerpo a partir de otro cuerpo según el arbitrio del alma, capaz de imponer cualquier tipo de forma⁵¹ que percibe dentro de sí misma con su ojo interior —¿y cómo sería capaz de hacerlo si no fuese porque Tú la has hecho?—, y que a lo que ya existía y tenía forma impone una forma para que exista, como a un trozo de arcilla, o de piedra, o de madera, o de oro, o a cualquier clase de estas cosas⁵².

¿Y de dónde provendría todo eso si Tú no lo hubieses dispuesto? Tú eres quien hizo un cuerpo para el artesano; Tú quien hizo el espíritu que gobierna sus miembros; Tú quien hizo la materia de la que hace algo; Tú quien hizo el ingenio con el que pueda adquirir la técnica y ver dentro lo que hace fuera; Tú quien hizo el sentido del cuerpo por cuya interpretación transmite desde el espíritu a la materia aquello que está haciendo e

⁵⁰ Aquí y en lo sucesivo, Génesis 1, 1.

⁵¹ Traducimos así el sustantivo *species*, traducción latina del término griego ἰδέα en la acepción que emplea Platón para expresar su concepción cosmológica (*República* 507 b ss.).

⁵² Sobre esta comparación, cf. CICERÓN, *El orador* 3, 9.

informe al espíritu de lo que se ha hecho para que aquél, en su interior, consulte a la Verdad que lo dirige sobre si se ha hecho bien.

A ti te alaban todas estas cosas como creador de todo. Pero Tú ¿cómo las haces? ¿Cómo has hecho, Dios, el cielo y la tierra? Desde luego que no es en el cielo ni en la tierra donde has hecho el cielo y la tierra; ni en el aire, ni en las aguas, porque también éstas pertenecen al cielo y a la tierra; ni en el mundo universo has hecho el mundo universo, porque no había lugar en el que pudiera hacerse antes de que se hiciera para así existir. Y en tu mano no tenías nada de donde hicieras el cielo y la tierra. Pues ¿de dónde podía llegarte lo que no habías creado para, a partir de ahí, crear algo? ¿Qué cosa existe en realidad si no es porque Tú existes? Por lo tanto, *dijiste e hicieronse*⁵³, y en tu Palabra los has hecho⁵⁴.

6, 8

*Creación a partir
de la nada*

Pero ¿cómo lo dijiste? ¿Seguro que de aquella manera con la que *se hizo la voz que desde la nube decía: «Éste es mi hijo amado*⁵⁵»? Porque aquella voz fue desarrollada y rebasada, tuvo comienzo y

fin. Sonaron las sílabas y pasaron: la segunda tras la primera, la tercera tras la segunda y desde allí en orden hasta que llegó la última tras las anteriores y el silencio tras la última.

De ahí queda claro y evidente que la expresó el movimiento de una criatura —a pesar de ser ésta temporal— al servicio de tu voluntad divina. Y estas palabras tuyas producidas en el tiempo las transmitió el oído exterior a la mente sabia, cuyo oído interior ha sido colocado junto a tu Palabra eterna. Pero

⁵³ Salmos 32, 9 y Génesis 1, 3.

⁵⁴ Cf. Salmos 32, 6.

⁵⁵ Mateo 3, 17; 17, 5 y Lucas 9, 35.

aquella⁵⁶ comparó estas palabras, que resuenan temporalmente, con tu Palabra eterna en el silencio y dijo:

—Es algo muy distinto, muy distinto es. Estas cosas existen muy por debajo de mí, y no existen, porque huyen y pasan de largo. En cambio, la *Palabra* de mi querido Dios *permanece eternamente*⁵⁷ por encima de mí.

Por lo tanto, si dijiste con palabras sonoras y pasajeras que se hicieran el cielo y la tierra, y así hiciste el cielo y la tierra, había ya una criatura corpórea previa al cielo y a la tierra por cuyos movimientos temporales temporalmente fluyese aquella voz. Ahora bien, no había ningún cuerpo anterior al cielo y a la tierra, o si lo había, lo habías hecho, desde luego, sin una voz transitoria de donde hicieses una voz transitoria con la que dijese que se hiciese el cielo y la tierra. Y es que sea lo que fuese aquello de donde se hiciera tal voz, si no hubiera sido hecho por tí, en absoluto existiría. Así pues, el que se hiciera un cuerpo de donde surgieran tales palabras ¿con qué palabra lo dijiste?

*La Palabra eterna
de Dios*

Nos llamas, por tanto, a entender tu *Palabra*, Dios *en la morada de Dios*⁵⁸, Tú; Palabra que está siendo dicha sempiternamente y con la que están siendo dichas sempiternamente todas las cosas.

Porque no se acaba la que estaba siendo dicha y se dice otra para que puedan decirse todas, sino que todas lo son simultánea y sempiternamente. De otro modo ya habría tiempo y cambio, y no habría una verdadera eternidad ni una verdadera inmortalidad.

⁵⁶ Esto es, la mente sabia, componente del alma humana.

⁵⁷ Isafas 40, 6-8.

⁵⁸ Juan I, 1.

Sé esto, Dios mío, y doy gracias. Lo sé, te lo confieso, Señor⁵⁹, y conmigo lo sabe y te bendice todo aquel que no es ingrato hacia la probada Verdad. Lo sabemos, Señor. Lo sabemos porque en tanto en cuanto algo no es lo que era y es lo que no era está muriendo y naciendo. Así pues, nada de tu Palabra desaparece y vuelve a aparecer, porque en verdad es eterna e inmortal. Y justo por eso, con tu Palabra coeterna a ti, simultánea y sempiternamente dices todo cuanto dices, y se hace todo lo que dices que se haga. Y no lo haces de otro modo que diciendo y, sin embargo, no resultan simultáneas y sempiternas todas las cosas que haces diciendo.

8, 10 ¿Por qué, pregunto, Señor Dios mío —de alguna manera lo estoy viendo, pero no sé cómo expresarlo— sino porque todo lo que comienza a existir y acaba de existir comienza justo a existir y acaba justo de existir en el momento en que en la razón eterna, donde ni comienza ni acaba nada, se llega al conocimiento de que debió comenzar o bien acabar? Ésta es tu Palabra, que también es *Principio porque también nos habla*⁶⁰. Así lo dice en el Evangelio por mediación de la carne. Y esto resonó fuera en los oídos de la gente para que fuese creído, y se buscase dentro, y fuese hallado en la eterna Verdad, donde el maestro *único y bueno*⁶¹ enseña a sus discípulos.

Allí oigo tu voz, Señor, que me dice que nos habla aquel que nos enseña; que, en cambio, quien no nos enseña, incluso si habla, no nos habla. ¿Quién nos habla entonces, sino la Verdad estable? Porque también cuando somos advertidos por mediación de una criatura mudable somos guiados hacia la Verdad

⁵⁹ Cf. Mateo 11, 25-7 y Lucas 10, 21-22.

⁶⁰ Juan 8, 25.

⁶¹ Mateo 19, 16 y 23, 8, respectivamente. Sobre el tratado *El maestro*, vid. *supra* IX 6, 14, n. 100.

estable⁶², donde verdaderamente aprendemos cuando nos erguimos, y lo oímos, y *gozamos de gozo con la voz del prometido*⁶³, devolviéndonos al lugar de donde somos⁶⁴.

Y es Principio precisamente porque, si no permaneciera, no habría lugar al que regresar cuando nos extraviamos. En cambio, cuando regresamos del extravío, volvemos de alguna manera conociendo. A su vez, nos enseña para que conozcamos, porque *es el Principio y nos habla*⁶⁵.

En este Principio, Dios, has hecho el cielo y la tierra, en tu Palabra, en tu Hijo, en tu *Virtud*, en tu *Sabiduría*⁶⁶, en tu Verdad, hablando de modo admirable y obrando de modo admirable. ¿Quién lo comprenderá? ¿Quién lo explicará?

¿Qué es aquello que entreveo y golpea mi corazón sin herirlo? ¡Y me horrorizo! ¡Y me enardezco! Me horrorizo en cuanto soy diferente de ello. Me enardezco en cuanto soy semejante a ello. La Sabiduría, la misma Sabiduría es lo que entreveo, la que desgarrar mis nubarrones, que de nuevo me cubren a mí, que me debilito por aquella niebla y aquel cúmulo de mis penas, porque así de *debilitado por la necesidad está mi vigor*⁶⁷ que no podría tolerar a mi bien hasta que Tú, Señor,

*que te has vuelto propicio a todas mis faltas,
acabes por sanar todos mis desfallecimientos,
porque también rescatarás mi vida de la corrupción,
y me coronarás en la conmiseración y la misericordia,*

⁶² Ejemplos de que la Palabra divina impregna la vida son los relatos relativos a Alipio (VI 7, 11-12), Mónica (IX 8, 18) y el propio Agustín (VIII 12, 29).

⁶³ Juan 3, 29.

⁶⁴ Parece aludir a la revelación en el jardín milanés (VIII 12, 29).

⁶⁵ Juan 8, 25.

⁶⁶ I Corintios 1, 24.

⁶⁷ Salmos 30, 11.

y colmarás de bienes mi deseo,
 porque mi juventud será renovada como la del águila⁶⁸.
 Con la esperanza, de hecho, es como hemos sido salvados
 y a fuerza de resistir estamos aguardando tus promesas⁶⁹.
 ¡Que te oiga dialogar en su interior quien pueda!
 Que yo desde tu oráculo gritaré confiado:
 ¡Cómo han sido glorificadas tus obras, Señor,
 todas las has hecho en la Sabiduría⁷⁰!
 Y ellas son el Principio, y en ese Principio has hecho el cielo y la tierra.

10, 12

*Análisis del tiempo
 en contra de los
 maniqueos*

Es que no están llenos de su propia
 vetustez⁷¹ quienes nos dicen⁷²:
 —¿Qué hacía Dios antes de hacer el
 cielo y la tierra? Porque si estaba inactivo
 —dicen— y no producía nada, ¿por qué
 no estuvo siempre así y continuó estando, tal como tuvo parada
 su obra⁷³ hasta entonces? De hecho, si se produjo en Dios algún
 impulso nuevo y una voluntad nueva para dar origen a la crea-
 ción, a la que nunca antes había dado origen ¿cómo puede haber
 entonces una verdadera eternidad en donde aparece una volun-
 tad que no existía? Claro que la voluntad de Dios no es crea-
 ción, sino anterior a la creación, porque no se crearía nada si
 por delante no fuese la voluntad del creador. Por consiguiente,

⁶⁸ Salmos 102, 3-5. El propio AGUSTÍN, en *Comentarios a los salmos* 102, 9, ofrece la explicación de esta comparación: las águilas al envejecer ven cómo se va curvando la parte superior de su pico hasta impedirles alimentarse. Decaídas, sólo logran revivir si rompen su pico en una piedra, representación de Cristo.

⁶⁹ Romanos 8, 24-25.

⁷⁰ Salmos 103, 24.

⁷¹ Cf. Romanos 6, 6; Efesios 4, 22; Colosenses 3, 9.

⁷² Los maniqueos, como se deduce de unas líneas más abajo. Sobre la concepción que éstos tenían del tiempo, *vid. supra* n. 43.

⁷³ Génesis 2, 3 (VL).

es a la sustancia misma de Dios a la que pertenece su voluntad, pues si se ha originado algo en la sustancia de Dios que antes no existía, no se dice acertadamente que aquella sustancia sea eterna. Si, por el contrario, la voluntad de Dios de que existiese la creación era sempiterna ¿por qué no es sempiterna también la creación⁷⁴?

*Eternidad de Dios y
de la creación*

Quienes dicen esto todavía no te comprenden, ¡oh, Sabiduría de Dios⁷⁵, luz de las mentes! Todavía no comprenden cómo se originan las cosas que son originadas por ti y en ti. E intentan gustar

11, 13

lo eterno, pero *su corazón* revolotea todavía en los movimientos pasados y futuros de lo corpóreo, y *es todavía vano*⁷⁶. ¿Quién lo sujetará y lo parará para que se detenga un momentito, y por un momentito se apodere del esplendor de la eternidad eternamente detenida, y la compare con los tiempos nunca detenidos, y vea que es incomparable; y vea que mucho tiempo no resulta mucho sino a partir de muchos instantes pasados que, a su vez, resulta imposible prolongar; que, en cambio, nada transcurre en la eternidad, sino que todo es un presente; que, por otro lado, ser completamente presente no es en absoluto tiempo; y vea que todo el tiempo pasado es empujado desde el futuro, y que todo futuro continúa desde el pasado, y que todo pasado y futuro es creado y discurre gracias al tiempo que es siempre presente?

¿Quién sujetará el corazón del ser humano para que se de-

⁷⁴ En *Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos* I 2, 3, desarrolla Agustín esta misma refutación. A este respecto, E. PETERS, «What was God doing before He created the Heavens and the Earth?», *Augustiniana* 34 (1984) págs. 53-74, rastrea el origen de esta pregunta característica de maniqueos y gnósticos y lo halla en los epicúreos.

⁷⁵ Efesios 3, 10.

⁷⁶ Salmos 5, 10.

tenga y vea de qué manera la eternidad, detenida, ni futura ni pasada, dicta los tiempos futuros y pasados? ¿Puede acaso bastarse mi mano, o la mano de mi boca, y realizar tamaña empresa con unas simples palabras?

12, 14

*El tiempo es parte
de la creación, no
anterior a ella*

He aquí lo que respondo a quien dice: «¿Qué hacía Dios antes de hacer cielo y tierra?». No respondo aquello que se cuenta de uno que respondió eludiendo jocosamente la violencia de la pregunta: «Preparaba infiernos —dijo— para quienes escudriñan asuntos elevados⁷⁷». Una cosa es ver y otra reír. Esto no es lo que respondo, sino que preferiría responder: «No sé lo que no sé» antes que aquello que pudiera dar pie a ridiculizar a quien hizo elevadas preguntas y alabar a quien respondió con falsedad. Pero digo que Tú, Dios nuestro, eres creador de toda creación. Y si con el nombre de cielo y tierra se entiende la creación, me atrevo a decir: antes de que hiciese Dios el cielo y la tierra no hacía nada. Es que si hacía, ¿qué otra cosa hacía sino la creación? Y ojalá así sepa yo todo cuanto por utilidad deseo saber, tal y como sé que ninguna creación se estaba haciendo antes de que se hiciera creación alguna.

13, 15

Y si el sentido revoloteador de alguno vaga por las imágenes de tiempos anteriores y se admira de que Tú, Dios todopoderoso y creador de todo y soporte de todo, artesano del cielo y de la tierra, por innumerables siglos *tuviste parada obra*⁷⁸ tan grande antes de hacerla, que despierte y preste atención, porque se admira de algo falso. Pues ¿de dónde podían transcurrir innumerables siglos que Tú mismo todavía no habías hecho, siendo Tú el promotor y creador de todos los siglos? ¿O qué tiem-

⁷⁷ Cf. Eclesiástico 3, 22 y Romanos 11, 20.

⁷⁸ Génesis 2, 3 (VL).

pos hubiese habido que no hubiesen sido originados por ti? ¿O de qué manera transcurrirían si nunca hubiesen existido? Así pues, ya que eres el artífice de todos los tiempos⁷⁹, si hubo algún tiempo antes de que hicieras el cielo y la tierra, ¿por qué se dice que *tenías parada tu obra*? De hecho, el propio tiempo lo habías hecho Tú, y era imposible que transcurriesen tiempos antes de que hicieras los tiempos. En cambio, si con anterioridad al cielo y a la tierra no había tiempo alguno, ¿por qué se pregunta qué es lo que hacías entonces? Y es que no había un «entonces» cuando no había tiempo.

Tampoco Tú precedes en tiempo a los tiempos: de otro modo no precederías a todos los tiempos. Pero precedes a todos los tiempos pasados por la superioridad de tu siempre presente eternidad, y superas a todos los futuros porque ellos son futuros y cuando hayan llegado ya serán pasados. *Tú*, por el contrario, *eres precisamente el mismo*, y *tus años no habrán de faltar*⁸⁰. Tus años ni van ni vienen, mientras que estos nuestros van y vienen para que puedan venir todos. Tus años están parados, todos a la vez, porque son estáticos y los que se van no son desplazados por los que vienen, porque no pasan: estos nuestros, en cambio, serán todos cuando ya no sean todos. Tus años son un solo día⁸¹, y tu día no es un cada día sino un hoy, porque tu día de hoy no cede a un mañana ni, claro está, viene después de un ayer. Tu día de hoy es eternidad. Por ello engendraste coeterno al que dijiste: «*Yo te he engendrado hoy*»⁸². Todos los tiempos los has hecho Tú. Y antes de todos los tiempos existes Tú. Y en otro tiempo no había tiempo.

⁷⁹ Cf. Hebreos 1, 2.

⁸⁰ Salmos 101, 28; Hebreos 1, 12.

⁸¹ Cf. Salmos 89, 4 y II Pedro 3, 8.

⁸² Salmos 2, 7.

14, 17

En resumen, no hubo un tiempo previo en que Tú no hubieras hecho nada, porque Tú habías hecho el tiempo mismo⁸³. Y ningún tiempo es coeterno a ti, porque Tú permaneces. Ahora bien, si él permaneciese, ya no sería tiempo. ¿Qué es entonces el tiempo? ¿Quién podrá explicarlo concisa y fácilmente? ¿Quién podrá comprenderlo, al menos con el pensamiento, para formular una explicación al respecto? Y sin embargo ¿qué otra cosa recordamos al hablar más cercana y conocida que el tiempo? Y eso que cuando hablamos de él sabemos a qué nos referimos y también lo sabemos cuando lo oímos en boca de otro.

¿Qué es entonces el tiempo...?

Si nadie me plantea la cuestión, lo sé. Si quisiera explicarla a quien la plantea, no lo sé. No obstante, digo sinceramente que sé que, si nada transcurriese, no habría tiempo pasado y que, si nada sobreviniese, no habría tiempo futuro y que, si nada existiese, no habría tiempo presente. Por lo tanto, esos dos tiempos, el pasado y el futuro, ¿cómo son, desde el momento en que el pasado, por una parte, ya no existe, y el futuro, por otra, todavía tampoco? El presente, por el contrario, si siempre existiese como presente y no pasase a pasado, ya no sería tiempo sino eternidad. Por lo tanto, si resulta que el presente, para que sea tiempo, pasa precisamente a pasado, ¿cómo podemos decir que existe aquello cuya razón de ser es dejar de ser, de lo que se deduce que no podemos decir que exista tiempo, de no ser porque tiende a no existir⁸⁴?

⁸³ Obsérvese el uso del pluscuamperfecto para referirse al momento previo al tiempo.

⁸⁴ Obsérvese el juego fonético entre *tempus*, «tiempo», y *tendit*, «tiende».

*Análisis del tiempo
presente*

Y a pesar de todo decimos «mucho tiempo» y «poco tiempo», y esto no lo decimos sino del pasado o del futuro. Llamamos mucho tiempo pasado, por ejemplo, a hace cien años y, a su vez, mucho tiempo futuro a después de cien años; en cambio, llamamos poco tiempo pasado a, supón que digamos, hace diez días, y poco tiempo futuro a diez días después. ¿Pero en qué medida es poco o mucho lo que no existe? De hecho, el pasado ya no existe y el futuro todavía no existe. Así pues, no digamos: «Es mucho»; mejor digamos del pasado: «fue mucho»; y del futuro: «será mucho».

*Señor mío, luz mía*⁸⁵, ¿a que también con esto tu Verdad se reirá del ser humano⁸⁶? En efecto, el tiempo pasado que fue mucho, ¿fue mucho por haber pasado ya o estando todavía presente? Es que sólo podía ser mucho cuando existía lo que era mucho; el pasado, en cambio, ya no existía, por lo que tampoco podía ser mucho, porque en absoluto existía. En consecuencia, no digamos: «Duró mucho el tiempo pasado» —lo cierto es que no encontraremos qué es lo que duró mucho, ya que, desde el momento en que es pasado, no existe— sino digamos: «Duró mucho aquel tiempo presente» porque al ser presente duraba mucho. Ciertamente, no había pasado todavía para dejar de ser, y por eso era posible que durase mucho. En cambio, después de que pasó, simultáneamente dejó de durar mucho, porque dejó de ser.

(AG.) —Veamos pues, alma humana⁸⁷, si el tiempo presente puede durar mucho o no: de hecho, se te ha concedido percibir las unidades de tiempo y medirlas. ¿Qué me vas a respon-

⁸⁵ Miqueas 8, 9.

⁸⁶ Cf. Salmos 58, 9.

⁸⁷ Parece inicial un nuevo diálogo con su alma que nos resulta difícil reflejar, ya que el autor, escindido e identificado con ella, pasa de una forma apenas perceptible de una persona a otra en la narración.

der? ¿Acaso cien años presentes duran mucho tiempo? Mira antes si pueden estar presentes cien años, o no. Y es que si está transcurriendo el primero de esos años, ése es el presente y los noventa y nueve, en cambio, son futuros, y por ello todavía no existen. Si por el contrario está transcurriendo el segundo año, ya ha pasado uno, el otro es presente, y el resto futuros. Y así pondremos como año presente a cualquiera de los años intermedios de ese número centenario: con anterioridad a él habrá pasados, y tras él futuros. Por todo ello, será imposible que cien años estén presentes.

Mira al menos si el que está transcurriendo está él mismo presente. Y en verdad, si está transcurriendo su primer mes, los demás son futuros; si el segundo, ya ha pasado también el primero, y los restantes todavía no existen. En consecuencia, tampoco el año que está transcurriendo está presente en su totalidad; y si no está presente en su totalidad, tampoco el año está presente. Y doce meses son un año, de los que cualquier mes en particular que está transcurriendo es el que está presente, y los restantes o son pasados o son futuros. A pesar de todo, ni siquiera el mes que está transcurriendo está presente, sino un solo día: si el primero, los demás futuros; si el último, los demás pasados; si cualquiera de los intermedios, entre pasados y futuros.

20 He aquí que el tiempo presente, el único que hallábamos que podía denominarse «mucho», se ha reducido apenas al espacio de un solo día. Pero sigamos tratando también esta misma cuestión, porque tampoco un solo día está del todo presente. De horas nocturnas y diurnas, en total veinticuatro, se compone⁸⁸, de las cuales, la primera tiene las demás por futuras, la última por pasadas, y cualquiera de las intermedias está entre las ya pasadas y las aún por venir. Y una sola hora, en sí misma, trans-

⁸⁸ En la cultura romana, el día estaba formado de doce horas diurnas (*horae*) y doce nocturnas (*uigiliae*), como transmite ISIDORO en *Etimologías* V 29.

curre en fugitivas divisioncitas⁸⁹. Cuanto se ha esfumado de ella es pasado; cuanto le resta, futuro. Si se aprecia algo de tiempo en el tiempo que no puede ser dividido siquiera en las partes más pequeñas de los momentos, ése es el único que puede decirse presente. Éste, sin embargo, pasa volando tan precipitadamente de futuro a pasado que no se extiende fraccioncilla alguna. Lo cierto es que, si se extiende, se divide en pasado y futuro: por lo que el presente no tiene espacio alguno.

¿Dónde está entonces el tiempo que decimos «mucho»? ¿Será el futuro? En realidad no podemos decir: «es mucho» porque no existe aún lo que debería ser mucho, sino que decimos: «será mucho». ¿Y cuándo lo será? Porque si entonces fuera todavía futuro no podrá ser mucho, porque aún no existe lo que ha de ser mucho. Y si fuera mucho cuando comenzase a existir a partir de su futuro —que todavía no existe— y se hiciera presente para que pudiese ser mucho, ya el tiempo presente, con las voces de antes, a gritos dice que no puede durar mucho.

(AL.) —Y a pesar de todo⁹⁰, Señor, percibimos los intervalos de tiempo, y los comparamos unos con otros, y decimos que unos duran más y que otros duran menos. Medimos además cuánta mayor o menor duración tiene un tiempo que otro, y respondemos que uno dura el doble, o el triple, y que otro es simple; o tan sólo que uno dura lo mismo que otro. Pero medimos los tiempos que transcurren cuando los medimos percibiéndolos. En cambio, los pasados, que ya no existen, o los futuros, que todavía no existen ¿quién puede medirlos a menos

⁸⁹ Sobre la apreciación de las fracciones de la hora en la Antigüedad, *vid. supra* VII 6, 8, n. 28.

⁹⁰ En los siguientes párrafos parece que toma la palabra el alma, la cual apela a Dios —que reside en su interior como Verdad— para que confirme o rechace las conclusiones de su debate.

que, frente a todo pronóstico, alguno se atreva a decir que puede medir lo que no existe? En consecuencia, mientras el tiempo está transcurriendo, es posible percibirlo y medirlo; cuando ha pasado, en cambio, es imposible, porque no existe.

17, 22

¿Existe realmente el tiempo pasado?

Pregunto, Padre, no afirmo: Dios mío, guíame y *dirígeme*⁹¹. Porque ¿quién hay que me diga que no son tres los tiempos tal y como de niños aprendimos, y a niños hemos enseñado: pasado, presente y futuro, sino tan sólo el presente, porque los otros dos no existen? ¿Acaso también éstos existen, pero procede de alguna fuente oculta cuando de futuro se hace presente y también retrocede a una fuente oculta cuando de presente se convierte en pasado? De hecho, quienes han vaticinado el futuro, ¿dónde lo vieron si todavía no existe? Lo cierto es que no es posible que se vea aquello que no existe, y quienes narran el pasado no narrarían, después de todo, la verdad si no lo contemplasen en su espíritu. Si no existiese todo esto, sería del todo imposible contemplarlo. Existen, en consecuencia, tanto el futuro como el pasado.

18, 23

Permite que yo, Señor, indague más, *esperanza mía*⁹². No se vea alterado mi propósito: si en verdad existen tiempos futuros y pasados, quiero saber dónde están. Aunque no sea capaz de ello todavía, sé no obstante que, dondequiera que se hallen, no están allí como futuros o pasados, sino como presentes. De hecho, si también allí son futuros, todavía no existen allí; y si allí son pasados, ya no existen allí. Así pues, dondequiera que estén, sean lo que sean, no están sino en presente. Sea del modo

⁹¹ Cf. Salmos 22, 1; 27, 9 y 47, 15.

⁹² Salmos 70, 5.

que sea, cuando se narran hechos pasados verdaderos, no se sacan de la memoria los mismos acontecimientos que pasaron, sino palabras concebidas a partir de las imágenes de aquéllos, las que fijaron en el espíritu⁹³ a modo de huella al pasar a través de los sentidos. Y así mi niñez, que ya no existe, está en tiempo pasado porque ya no existe. Ahora bien, su imagen, cuando yo la revivo y la narro, la observo en tiempo presente, porque todavía existe en mi memoria.

Y sobre si también es parecido o no el motivo de predecir acontecimientos futuros de modo que sean percibidas con antelación imágenes ya existentes de cosas que todavía no existen, lo desconozco, lo confieso, Dios mío. Lo que sí sé muy bien es que nosotros premeditamos la mayoría de las veces nuestras acciones futuras y que esa premeditación está en presente y, en cambio, la acción que premeditamos todavía no existe porque es futura. Cuando la hayamos emprendido y hayamos comenzado a realizar lo que premeditábamos, entonces existirá aquella acción, porque entonces no será futura, sino presente.

Comoquiera que se produzca la misteriosa percepción anticipada de los acontecimientos futuros, es imposible que pueda verse otra cosa que aquello que existe. En cambio, lo que ya existe no es futuro, sino presente. Por consiguiente, cuando se dice que se ven los hechos futuros, no son ellos, que no existen todavía —esto es, los que son futuros—, los que se ven, sino sus causas o, tal vez, indicios que ya existen y, por lo tanto, no son futuros sino ya presentes a la vista: concebidos en el espíritu a partir de ellos son predichos los hechos futuros. A su vez,

⁹³ *Animus* en el original. Sobre el significado de *animus* y *anima*, vid. *supra* X 6, 10, n. 58.

esas concepciones existen ya, y las observa como presentes en su persona quien hace aquellas predicciones.

¡Que me diga algún ejemplo la enorme abundancia de cosas! Observo la aurora: predigo que el sol va a salir. Lo que observo es presente, lo que predigo es futuro. No es futuro el sol, que ya existe, sino su salida, que todavía no existe. Sin embargo, esa misma salida, si no la imaginase en mi espíritu tal como ahora mismo cuando digo esto, no la podría predecir. Pero tampoco aquella aurora que veo en el cielo es la salida del sol, por más que la preceda, ni aquella representación en mi espíritu: ambas son contempladas como presentes para que con antelación pueda decirse que aquélla va a existir. Por lo tanto, las cosas futuras no existen todavía; y si todavía no existen, no existen; y si no existen, es del todo imposible verlas; pero es posible predecirlas a partir de las presentes, que ya existen y son vistas.

19, 25 Así pues Tú, rector de tu creación, ¿cuál es el procedimiento con el que enseñas a las almas lo que va a suceder? De hecho, lo enseñaste a tus profetas. ¿Cuál es pues ese procedimiento con el que enseñas el futuro Tú, para quien cualquier cosa futura no existe? ¿O, antes bien, enseñas las cosas presentes a partir de las futuras? En verdad que lo que no existe no es lógico que sea posible enseñarlo. Demasiado lejos de mi agudeza está este procedimiento:

cohró fuerza, por mis medios no podré alcanzarlo⁹⁴.

*Podré, en cambio, por los tuyos,
cuando Tú me lo hayas concedido,
dulce lucero de mis ojos⁹⁵ ocultos.*

⁹⁴ Salmos 138, 6.

⁹⁵ Eclesiastés 11, 7 y Salmos 37, 11.

No: tan sólo existe el tiempo presente

Por otra parte, lo que ahora resulta claro y visible es que no existe el futuro ni el pasado, ni se dice con propiedad: «hay tres tiempos, pasado, presente y futuro», sino que tal vez se diría con exactitud: «hay tres tiempos: presente de los hechos pasados, presente de los presentes y presente de los futuros». De hecho, estos tres son algo que está en el alma y no los veo en otra parte: memoria presente de los hechos pasados, contemplación presente de los presentes y espera presente de los futuros. Si se me permite decirlo así, veo tres tiempos, y lo confieso: son tres. Podría decirse también: «los tiempos son tres: pasado, presente y futuro», como abusa decir la costumbre. Dígase. He ahí que ni me importa, ni me opongo, ni lo corrijo, siempre que se entienda lo que se está diciendo: que no existe todavía lo que es futuro, ni existe lo que es pasado. De hecho, hay pocas cosas que decimos con toda propiedad; la mayoría impropriamente, pero se comprende lo que queremos decir.

¿Cómo medir el tiempo?

Es así que poco antes he dicho que medimos el tiempo que pasa para que podamos decir que una fracción de tiempo dura el doble que otra simple, o que tan larga es ésta como aquélla, o cualquier otra cosa que podamos afirmar sobre las fracciones de tiempo al medirlas. Por todo lo cual, como estaba diciendo, medimos el tiempo que pasa. Y si alguno me dijese:

—¿Cómo lo sabes?

respondería:

—Lo sé porque lo medimos, y no podemos medir lo que no existe, y no existe ni el tiempo pasado ni el futuro.

—En cambio, el tiempo presente ¿cómo lo medimos, si no ocupa espacio?

—Lo medimos, por tanto, cuando pasa; cuando ha pasado, en cambio, no lo medimos, pues no habrá qué medir.

—Pero ¿de dónde, y por dónde, y hacia dónde pasa cuando es medido?

—¿De dónde sino del futuro? ¿Por dónde sino por el presente? ¿Hacia dónde sino hacia el pasado? En consecuencia, va de aquel que todavía no existe, a través de aquel que carece de espacio, hacia aquel que ya no existe. ¿Qué medimos entonces sino el tiempo en un espacio dado? Lo cierto es que al hablar de «simple» y «doble», y de «triple», y de «igual», y todo lo que así decimos sobre el tiempo, no hablamos de otra cosa que de espacios de tiempos.

—Por lo tanto ¿en qué espacio medimos el tiempo que pasa? ¿En el futuro desde donde discurre, sí o no?

—Pero lo que todavía no existe no lo podemos medir...

—¿Acaso en el presente por el que pasa?

—Pero no podemos medir un espacio que no existe...

—¿Será en el pasado hacia el que pasa?

—Pero lo que ya no existe no lo podemos medir...

22, 28

Se encendió mi espíritu por saber este intrincadísimo enigma. No cierres, por favor, Señor Dios mío, buen padre, por *Plegaria* Cristo te lo suplico: no cierres estas cuestiones a mi anhelo, no sólo repetidas sino también ocultas, para que se interne en ellas y se diluciden a la luz de tu misericordia.

Señor, ¿a quién preguntaré sobre estas cosas?

¿Y a quién confesaré con más provecho mi impericia si no es a ti, a quien no desagrada mi interés que vehementemente arde por tus Escrituras?

Dame lo que amo, pues lo amo,

—y esto me lo has dado Tú—;
 dámelo, Padre, que en verdad *sabes dar los bienes dados a tus hijos*⁹⁶;
 dámelo, porque me embarqué en conocer
 y *tengo una ardua fatiga ante mí*⁹⁷ hasta que lo reveles⁹⁸.
 Por mediación de Cristo, en nombre suyo, santo de los santos,
 te suplico que nadie acalle mi voz.
*Y yo he creído, y por eso también hablo*⁹⁹.
 Ésta es mi esperanza: para ella vivo,
*para contemplar el deleite del Señor*¹⁰⁰.
*He aquí que pusiste viejos mis días*¹⁰¹:
 y pasan, y no sé de qué modo.

Y hablamos de tiempo y tiempo, tiempos y tiempos: «¿Durante cuánto tiempo dijo esto aquél?», «¿En cuánto tiempo hizo esto ése?» y «¡Cuantísimo tiempo hace que no lo he visto!» y «El doble de tiempo tiene esta sílaba frente a aquella breve simple¹⁰²». Así hablamos y lo oímos, y somos entendidos, y entendemos. Son cosas evidentiísimas y repetidísimas y, al mismo tiempo, estas mismas se hallan muy ocultas, y es novedoso su descubrimiento.

Oí de labios de una persona docta¹⁰³ 23, 29

*El movimiento de los
 astros no constituye
 el tiempo*

que el movimiento del sol, de la luna y de los astros son en sí el tiempo, y no estuve de acuerdo. De hecho, ¿por qué no decir mejor que tiempo es el movimiento de to-

⁹⁶ Mateo 7, 11.

⁹⁷ Salmos 72, 16.

⁹⁸ Cf. Mateo 7, 7-8 y Lucas 11, 9-10.

⁹⁹ Salmos 115, 10 (1).

¹⁰⁰ Salmos 26, 4.

¹⁰¹ Salmos 38, 6.

¹⁰² Sobre esta cuestión, *vid. supra* I 18, 28, n. 133 y III 7, 14, n. 69.

¹⁰³ U. DUCHROW, en «Der sogenannte psychologische Zeitbegriff Augus-

dos los cuerpos? Por otra parte, si se detuviesen los luceros del cielo y se moviese la rueda de un alfarero ¿acaso no habría tiempo con el que medir esos giros y diríamos que se movía a intervalos regulares o que, si en unos casos se moviese más lento y otros más deprisa, que unos son más duraderos y otros menos? O al decir esto ¿no hablaríamos también nosotros dentro de un tiempo ni habría en nuestras palabras unas sílabas largas y otras más breves¹⁰⁴ sino porque las primeras hubiesen sonado en un tiempo más largo y las segundas en uno más breve?

Oh Dios, concede a los seres humanos ver en lo pequeño las nociones comunes de las cosas pequeñas y de las grandes. Están las estrellas y las *lumberas del cielo* a modo de *señales, y de tiempos, y de días, y de años*¹⁰⁵. En verdad que lo están, pero ni yo hubiese dicho que el recorrido de las ruedas de maderilla de aquél¹⁰⁶ es el día ni aquél, a pesar de todo, hubiese dicho por ello que el día no existe.

30 Yo deseo saber la esencia y la naturaleza del tiempo con el que medimos los movimientos de los cuerpos y decimos que tal movimiento, por ejemplo, dura el doble de tiempo que tal otro. Lo pregunto, sí, porque se dice que el día no es tan sólo la permanencia del sol sobre la tierra —según lo cual, una cosa es el día y otra la noche— sino también su recorrido completo de Este a Este, según el cual decimos: «tantos días han pasado»; de hecho, se quiere decir tantos días acompañados de sus noches, y no se consideran aparte los espacios de las noches, ya que, en efecto, el día se completa con el movimiento del sol y con su recorrido de Este a Este.

tins», *Zeitschrift für Theologie und Kirche* 63 (1966), págs. 267-288, rastrea las definiciones de tiempo en filósofos anteriores y descubre que el planteamiento de Agustín parte de la tradición retórica.

¹⁰⁴ Vid. *supra* n. 102.

¹⁰⁵ Génesis 1, 14.

¹⁰⁶ Entiéndase el alfarero.

Pregunto si ese mismo movimiento es el día o el intervalo mismo en que se completa, o ambas cosas. Y es que, si el día fuese lo primero, habría consiguientemente un día, aunque el sol hubiese cumplido ese recorrido en tan poco espacio de tiempo como es el de una sola hora. Si lo segundo, se deduce que no habría día si desde la salida del sol hasta la salida siguiente tuviese una duración tan breve como la de una sola hora, sino que el sol debería hacer veinticuatro veces su recorrido para completar el día. Si ambas cosas, ni el movimiento sería llamado día, si en el espacio de una hora el sol recorriese toda su órbita, ni tampoco lo sería el intervalo, si al pararse el sol pasase la misma cantidad de tiempo cuanta suele completar él con su recorrido completo de amanecer en amanecer.

Así pues, no voy a preguntar ahora qué es lo que se llama día sino qué es el tiempo, midiendo con el cual el recorrido del sol podríamos decir que ha sido completado en la mitad de tiempo menos de lo que suele si se completase en tanto espacio de tiempo cuanto se tarda en completar doce horas, y al comparar uno y otro tiempo pudiéramos decir que aquél era sencillo, que éste doble, incluso si el sol hiciese su recorrido de Este a Este unas veces con el primero, el sencillo, otras veces con el segundo, el doble.

En consecuencia, que nadie me diga que el movimiento de los cuerpos celestes es el tiempo, porque tras haberse detenido el sol por la plegaria de uno, para que culminase una batalla victoriosa, el sol se detenía, pero el tiempo seguía corriendo¹⁰⁷. En verdad, fue a lo largo de su propio espacio de tiempo, el que le fuera necesario, como aquella lucha fue desarrollada y concluida. Veo, por tanto, que el tiempo es un desbordamiento¹⁰⁸.

¹⁰⁷ Cf. Josué 10, 13-14.

¹⁰⁸ El término latino, *distentio* («expansión en direcciones opuestas»), sentido opuesto al que presenta *distensión* en los diccionarios del español como «re-

¿Pero lo veo? ¿O me da la impresión de verlo? Tú lo demuestras, *Luz, Verdad*¹⁰⁹.

24, 31

*Tampoco el
movimiento de los
cuerpos constituye
el tiempo*

¿Ordenas que dé mi aprobación si alguno dijera que el tiempo es el movimiento de un cuerpo...? No lo ordenas. De hecho, oigo que ningún cuerpo se mueve si no es dentro del tiempo. Eres Tú quien lo

dice. En cambio, que el propio movimiento del cuerpo sea el tiempo, eso no lo oigo. No eres Tú quien lo dice. Y es que, cuando un cuerpo se mueve, mido en tiempo por cuánto tiempo se mueve desde que ha empezado a moverse hasta que termina. Y si no lo he visto desde que ha empezado y continúa moviéndose, de modo que no pueda ver cuándo acaba, no soy capaz de medirlo, si no es desde el momento en que empieza a verlo hasta que deje de verlo. Porque si lo veo durante mucho tiempo tan sólo concluyo que ha durado mucho, pero no cuánto ha durado, porque también cuando decimos «cuánto» lo decimos por comparación, como «tan grande esto como aquello» o «esto el doble de aquello» y así sucesivamente. Si, por el contrario, fuésemos capaces de fijar la ubicación espacial, de dónde y hacia

lajación» de una tensión previa) hace referencia a un movimiento centrífugo del alma, cuando no goza de la estabilidad de la contemplación de Dios, desde sí misma hacia la diversidad temporal en variadas direcciones y opuesto al movimiento de concentración o repliegue, la *intentio*. Sobre este concepto en Agustín falta un estudio que complete las conclusiones de G. J. P. O'DALY, «Time as *distentio* and St Augustine's Exegesis of *Philippians* 3, 12-14», *Revue des Études Augustiniennes* 23 (1977), págs. 265-271. Y es que del citado trabajo de J. MONTSERRAT TORRENTS, «Le débordement...», pág. 305, se desprende que posee ciertos anclajes en el maniqueísmo, aunque en forma polémica. Más abajo (XI 29, 39) aparece combinado con las otras nociones que reflejan los distintos movimientos del alma descritos en estas *Confesiones*.

¹⁰⁹ Juan 1, 6 y 14, 6.

dónde viene un cuerpo que se mueve o, si se quiere, partes de él, si se mueve como en un torno, podemos decir cuánto tiempo media entre que, desde tal lugar hasta tal otro, se ha efectuado el movimiento de un cuerpo, o de parte de él.

Así pues, siendo una cosa el movimiento de un cuerpo y otra aquello con lo que medimos cuánto dura, ¿quién no percibiría cuál de estas cosas es mejor que sea llamada tiempo? Pues si también un cuerpo se mueve irregularmente unas veces y está parado otras veces, no sólo medimos en tiempo su movimiento sino también su reposo, y decimos: «estuvo parado tanto tiempo cuanto se movió» o «estuvo parado el doble o el triple de lo que se movió» o cualquier otra cosa que nuestra medición pueda captar o apreciar, como suele decirse, en más o en menos. Por consiguiente, el tiempo no es el movimiento de los cuerpos.

*Desesperación ante
la cuestión*

Y te confieso, Señor¹¹⁰, que todavía 25, 32
desconozco qué es el tiempo. Y al mismo
tiempo, te confieso, Señor, que sé que digo
todo esto dentro del tiempo, y que llevo ya
un rato hablando del tiempo, y que ese mis-
mo rato no es rato sino por duración de tiempo. ¿Cómo sé, pues,
esto cuando no sé qué es el tiempo? ¿Será acaso que no sé cómo
expresar lo que sé? ¡Ay de mí, que ni siquiera sé qué es lo que
no sé¹¹¹!

He aquí, Dios mío, ante ti, que no miento¹¹²;
tal como hablo, así es mi corazón.

¹¹⁰ Salmos 9, 2; Mateo 11, 25; Lucas 10, 21.

¹¹¹ Con esta declaración, Agustín hace un nuevo guiño a la famosa incertidumbre de Sócrates (*vid. supra* V 6, 10, n. 75).

¹¹² Gálatas 1, 20.

*Tú iluminarás mi lámpara, Señor Dios mío;
iluminarás mis tinieblas*¹¹³.

26, 33

*Medición del tiempo
por comparación*

(AG.) —¿Acaso no te confiesa mi alma¹¹⁴ en confesión verídica que yo mido los tiempos? Es cierto, Dios mío, que los mido y no sé qué es lo que mido. Mido en tiempo el movimiento de un cuerpo. Y a la vez, ¿verdad que mido también el propio tiempo? ¿O, por el contrario, mediría el movimiento de un cuerpo, cuánto dura y cuánto tarda en llegar de este lado a aquel otro, si no midiera el tiempo en el que se mueve? Por consiguiente, el propio tiempo ¿cómo lo mido? ¿Acaso medimos con un tiempo más breve un tiempo más largo, tal y como con la extensión de un codo la de una viga travesera? De hecho, así parece que medimos con la extensión de una sílaba breve la extensión de una sílaba larga y decimos que ésta es el doble. Así medimos la extensión de los poemas por la extensión de los versos, y la extensión de los versos por la extensión de los pies¹¹⁵, y la extensión de los pies por la extensión de las sílabas, y la extensión de las largas por la extensión de las breves, y no por las páginas —pues de ese modo medimos espacios, no tiempos— sino cuando las voces pasan en la pronunciación y decimos: «Largo poema es, pues está tejido por tantos versos», «largos versos, pues se componen de tantos pies», «largos pies, pues se extienden por tantas sílabas», «es sílaba larga, pues es el doble de la breve».

(AL.) —Pero tampoco así se capta una medida precisa de tiempo, ya que puede realmente suceder que un verso más corto resuene en un espacio más amplio de tiempo si se pronuncia

¹¹³ Salmos 17, 29.

¹¹⁴ Parece retomar la palabra el personaje de Agustín.

¹¹⁵ Sobre estos conceptos, *vid. supra* III 7, 14, n. 69.

con mayor detenimiento que uno más largo recitado con mayor rapidez. Así sucede con el poema, así con el pie, así con la sílaba. De ahí que me haya parecido que el tiempo no es otra cosa que un desbordamiento. Pero, de qué cosa, no lo sé, y me extrañaría que no fuera del propio espíritu. Pues ¿qué mido, te lo ruego, Dios mío, cuando digo, sin precisar, que es más largo este tiempo que aquél o, precisando incluso, que éste es el doble de aquél? Mido tiempo, lo sé; pero no mido el futuro, porque todavía no existe; ni mido el presente, porque no se extiende por ningún espacio; ni mido el pasado, porque ya no existe. ¿Qué es, a fin de cuentas, lo que mido? ¿Acaso los tiempos que están pasando y no los que han pasado? Así lo había dicho yo, en efecto.

Persevera, espíritu mío, presta denodada atención:
*Dios es nuestra ayuda*¹¹⁶.
*Es Él quien nos ha hecho, y no nosotros*¹¹⁷.
 Presta atención al lugar desde donde clarea la verdad.

27, 34

(AG.) —Supón, por ejemplo, que comienza a sonar la voz del cuerpo; y suena; y sigue sonando; y de repente se para; y ya hay silencio; y aquella voz es pasada, y ya no es voz. Era futura antes de que sonase, y era imposible medirla porque todavía no existía. Y ahora no es posible porque ya no existe. Por consiguiente, era posible justo entonces cuando sonaba, porque entonces existía una voz que pudiera ser medida.

(AL.) —Pero ni siquiera entonces estaba quieta, porque se movía y pasaba.

(AG.) —¿Acaso era posible por eso? De hecho, mientras

¹¹⁶ Salmos 61, 9.

¹¹⁷ Salmos 99, 3.

pasaba, tendía a ocupar algún espacio de tiempo en el que fuese posible medirla, porque el presente no tiene espacio alguno. Si entonces era posible medirla, supón, por ejemplo, que otra comienza a sonar y sigue sonando con tono uniforme sin variación alguna: midámosla mientras suena, pues cuando haya cesado de sonar ya habrá pasado y no habrá voz que pueda ser medida. Limitémonos a medirla y digamos cuánto dura.

(AL.) —Pero sigue sonando y no puede ser medida sino desde su inicio, en el que comenzó a sonar, hasta su final, en el que se para.

(AG.) —La verdad es que medimos el propio intervalo desde un inicio hasta un final. Por todo ello, es imposible medir la voz que todavía no ha finalizado como para que se diga lo larga o lo breve que es, ni llamarla igual a alguna ni, respecto a otra, simple o doble, o cualquier otra cosa. En cambio, cuando haya finalizado, ya no existirá.

(AL.) —¿De qué manera, pues, podrá ser medida?

(AG.) —Y a pesar de todo medimos tiempos, y no los que todavía no existen, ni los que ya no existen, ni los que no se extienden en duración alguna, ni los que no tienen límites. Por lo tanto, no medimos ni los tiempos futuros, ni los pasados, ni los presentes, ni los que están transcurriendo. Y a pesar de todo medimos tiempos.

35

*Un ejemplo:
la escansión
de versos*

*Deus creator omnium*¹¹⁸: este verso de ocho sílabas alterna sílabas breves y largas. Así pues, las cuatro breves —la primera, la tercera, la quinta, la séptima— son simples respecto a las cuatro largas —segunda,

¹¹⁸ Lit. *Dios creador de todas las cosas*, verso de AMBROSIO, *Himnos* I 2, 1.

cuarta, sexta, octava¹¹⁹—. Cada una de éstas respecto a cada una de aquéllas dura el doble de tiempo. Las pronuncio y las vuelvo a pronunciar, y así es en la medida en que se percibe con percepción manifiesta. En la medida en que la percepción es manifiesta, con la sílaba breve mido la larga, y percibo que tiene una doble duración. Pero cuando suena una tras otra, si la primera es breve y la segunda larga, ¿cómo voy a retener la breve? ¿Y cómo, al medirla, la he de aplicar a la larga para descubrir que dura el doble, puesto que la larga no comienza a sonar a menos que haya dejado de sonar la breve? Y esa misma larga, ¿verdad que no la mido en su desarrollo, pues no la mido sino cuando ha finalizado? Ahora bien, su propia finalización es su desaparición. ¿Qué es pues lo que mido? ¿Dónde está la breve con la que mido? ¿Dónde está la larga que mido? Ambas sonaron, volaron, pasaron, ya no existen. Y yo mido, y confiado respondo —en cuanto se confía en un sentido ejercitado¹²⁰— que una es simple, que la otra es doble, claro está, en su duración temporal. Y no me resulta posible sino porque han pasado y han finalizado. En conclusión, no son esas sílabas, que ya no existen, lo que mido en mi memoria, sino algo que permanece impreso en ella.

¹¹⁹ Se trata de un dímeter yámbico. Es un verso compuesto de dos metros yámbicos cada uno de los cuales está formado por dos yambos (˘ –); en total cuatro yambos. La agrupación de los yambos en metros como unidades intermedias al verso se debe a la posibilidad de sustitución del primer pie por otras secuencias silábicas —esto es, en los pies primero y tercero del verso— y a la presencia de pies puros yámbicos en la segunda parte del metro —esto es, los pies segundo y cuarto— que mantienen el ritmo base. De esta manera, el esquema del verso *Deus creator omnium* queda así (donde x indica posibilidad de hallar breve ˘ o larga –, y ´ el tiempo rítmicamente marcado): x ´ ˘ – ´ x ´ ˘ – ´.

¹²⁰ Recuérdese que Agustín había sido *grammaticus*, figura que aparece en fuentes tardoantiguas como depositario y supervisor —*custos*— de la corrección lingüística y las normas gramaticales heredadas y entonces en proceso de desaparición en el habla coloquial. Sobre este aspecto, cf. R. A. KASTER, *Guardians of Language: The Grammarian and Society in Late Antiquity*, Berkeley, 1988.

36

*El tiempo es un
proceso mental*

En ti, espíritu mío, mido los tiempos. No me acalles con tu clamor, que así es. No te dejes acallar con el clamor de la multitud de tus impresiones. En ti, insisto, mido los tiempos. La impresión que forman en ti las cosas cuando pasan de largo y que permanece cuando ellas han pasado, ésa es la que mido como presente, y no lo que ha pasado para que esa impresión se produjese. Ésa es la que mido cuando mido los tiempos. Por lo tanto, o son esas impresiones los tiempos o no mido los tiempos.

Entonces, cuando medimos los silencios y decimos que tal silencio ocupó tanto tiempo cuanto ocupó tal voz, ¿no es cierto que estiramos el pensamiento a la medida de la voz, como si sonase, y así podamos concluir algo a partir de los intervalos de los silencios en el espacio del tiempo? De hecho, incluso al detenerse la voz y la boca, recitamos con el pensamiento poemas y versos, y cualquier texto junto con las dimensiones —sean cuales sean— de los movimientos articulatorios, y a partir de los espacios de los tiempos, según la dimensión de uno o de otro, los recreamos exactamente igual que si los dijésemos de forma sonora.

Pongamos que alguien quisiera emitir una voz un tanto más larga y cuidadosamente predispusiera lo larga que debe ser: sea como fuere, formula el espacio de tiempo en silencio y, encomendándose a la memoria, comienza a emitir aquella voz, que suena hasta que se la haga llegar al término propuesto. No sonó en absoluto, pero sonará. De hecho, cuanto de ella ha sido ya realizado, ha sonado, es innegable; lo que resta, en cambio, sonará. Y así va siendo llevada a cabo mientras la concentración presente¹²¹ traslada futuro a pasado, aumentando así el pasado

¹²¹ He aquí el segundo de los movimientos del espíritu, *intentio*, la unificación de cuanto la *distentio* estira en direcciones opuestas. Agustín lo aplica a vuelta del espíritu sobre sí mismo. *Vid. infra* el comentario a XI 29, 39.

con la disminución del futuro, hasta que con el agotamiento del futuro sea todo pasado.

Pero ¿de qué modo disminuye o se consume el futuro, que todavía no existe, o de qué modo aumenta el pasado, que ya no existe, sino porque en el espíritu, que ejecuta ese proceso, se hallan los tres? Y es que en primer lugar aguarda, en segundo extiende, en tercero recuerda, de modo que lo que aguarda, por medio de lo que extiende, pase a lo que recuerda. ¿Quién niega, pues, que el futuro todavía no existe? 28, 37

(AL.) —Pero, sin embargo, en el espíritu ya está la expectación de cosas futuras.

(AG.) —¿Y quién niega que el pasado ya no existe?

(AL.) —Pero, sin embargo, todavía está en el espíritu el recuerdo de cosas pasadas.

(AG.) —¿Y quién niega que el tiempo presente carezca de espacio porque pasa en un punto?

(AL.) —Pero, sin embargo, perdura el proceso de extensión por medio del cual siga dejando de ser lo que va a ser. Por lo tanto, no hay mucho tiempo futuro, que no existe, sino que mucho futuro es mucha espera del futuro; ni tampoco hay mucho tiempo pasado, que no existe, sino que mucho pasado es mucho recuerdo del pasado.

Me pongo a decir un cántico que conozco: antes de comenzar, hago que mi expectación tienda hacia el total; por el contrario, una vez haya comenzado, hago que mi memoria tienda también hacia todo cuanto va arrancando de ella y haciendo pasado, y la vida de esta acción mía se ve estirada en direcciones opuestas¹²²: 38

Un ejemplo: recitar un cántico

¹²² *Distenditur* en el original. Sobre este concepto, *vid. supra* n. 108.

hacia la memoria, por lo que he dicho, y hacia la expectación, por lo que voy a decir. No obstante, queda en presente esa tensión mía, por medio de la cual se hace pasar lo que era futuro para que quede en pasado. Cuanto más y más se va haciendo esto, tanto más, al disminuir la expectación, se va alargando la memoria, hasta que se consuma toda la expectación cuando toda esa recitación, ya acabada, haya pasado a la memoria. Y lo que sucede en el cántico completo, sucede también en cada una de sus partes pequeñas, y en cada una de sus sílabas; sucede también en una recitación más larga, una de cuyas partes pueda ser quizá aquel cántico; sucede también en toda la vida del ser humano, cuyas partes son todas las acciones humanas; sucede también en toda una generación de hijos de seres humanos¹²³, de la que forman parte todas las vidas humanas.

29, 39

Pero porque mejor es tu misericordia, por encima de las vidas¹²⁴, he aquí que mi vida es un desbordamiento¹²⁵, y tu diestra me ha recogido¹²⁶ en mi Señor, el Hijo del Hombre, mediador entre Tú, uno, y nosotros, muchos¹²⁷ en muchas y a lo largo de muchas cosas, para que yo atrape por medio de Él —en el cual yo también he sido atrapado, y lejos de mis viejos días sea yo unificado buscándolo— al Uno, dejando atrás el pasado; y no desbordado hacia lo que va a suceder y a pasar, sino proyectado hacia aquellas cosas que están antes¹²⁸, no en virtud de un desbordamiento

¹²³ Salmos 30, 20.

¹²⁴ Salmos 62, 4.

¹²⁵ Quien hace esta declaración es el alma o ser humano interior de Agustín. Sobre *distentio*, vid. *supra* n. 108.

¹²⁶ Salmos 17, 36 y 62, 9.

¹²⁷ I Timoteo 2, 5.

¹²⁸ Filipenses 3, 13. Como se desprende de lo tratado en el libro siguiente,

to sino de un repliegue interior¹²⁹, continuó hasta tocar la palma de la llamada *celestial*¹³⁰, donde *escuche la voz de la alabanza*¹³¹ y contemple tus deleites¹³², que ni vienen ni pasan.

Ahora, en cambio, *mis años discurren en gemidos*¹³³. Y Tú eres mi solaz, Señor, querido padre eterno. Pero yo me desvanecí en fracciones de tiempo, cuyo orden desconozco, y por tumultuosas variaciones son desgarrados mis pensamientos, recónditas entrañas de mi alma, hasta que yo confluya en ti, una vez purificado y derretido en el fuego de tu amor¹³⁴.

Y me *detendré*¹³⁵, y me solidificaré en ti, en mi molde, tu 30, 40
Verdad, y no soportaré las preguntas de la gente que, enfermos de su propio castigo, tienen más sed de la que pueden y dicen: «¿Qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra?» o «¿Qué

se está refiriendo a la Mente divina o Cielo del Cielo, creado como el alma, pero eterno por la continua adhesión y contemplación del Uno divino.

¹²⁹ Aparecen aquí reunidos los tres movimientos del alma según los muestra Agustín en un juego etimológico imposible de mantener en la traducción: la *distentio* o tensión centrífuga del alma hacia el mundo exterior; la *intentio*, concentración o repliegue para contemplarse a sí misma y lo divino que hay en ella; y la *extensio*, o apertura hacia la contemplación de la divinidad. Un análisis más detallado de su significado aparece en S. MAGNAVACCA, «El pasaje de XI, 29, 39 en la estructura de las *Confesiones*» en *Teología y vida* 43 (2002) págs. 269-284, que hace de este pasaje una clave interpretativa de las *Confesiones* y su debatida estructura: en los nueve primeros libros narraría Agustín cómo su alma se volcó hacia lo mundano, cómo se repliega sobre sí misma y se autoanaliza en el libro X y cómo aspira en los libros XI-XIII a trascender lo mundano hasta contemplar lo divino.

¹³⁰ Filipenses 3, 12-14.

¹³¹ Salmos 25, 7.

¹³² Salmos 26, 4.

¹³³ Salmos 30, 11.

¹³⁴ Obsérvese la metáfora tomada de la siderurgia, que continúa en el párrafo siguiente.

¹³⁵ Filipenses 4, 1; Tesalonicenses 3, 8.

le vino a la mente para hacer algo, cuando nunca antes había hecho nada?». Dales, Señor, capacidad de pensar bien lo que dicen y descubrir que no puede decirse «nunca» donde no hay tiempo. Por tanto, de quien se dice que «nunca había hecho», ¿qué otra cosa se dice sino que lo hizo fuera del tiempo? Vean, por tanto, que es imposible que haya tiempo alguno sin creación y dejen de *decir* semejante *vanidad*¹³⁶. Que *se proyecten también hacia todo aquello que está antes*¹³⁷ y te conciban a ti como creador eterno de todos los tiempos antes de todos los tiempos, y que ningún tiempo es coeterno a ti, ni creación alguna, por más que alguna esté más allá del tiempo¹³⁸.

31, 41

Plegaria final

Señor Dios mío, ¿cuál es ese pliegue de tu profundo secreto? ¡Y qué lejos me arrojaron de allí las secuelas de mis faltas! Sana mis ojos, y contigo gozaré de tu luz. Ciertamente, si hay un espíritu capaz de tan gran sabiduría y previsión, que le sean tan conocidos todos los pasados y futuros como a mí un cántico conocidísimo, sobremanera admirable es ese espíritu, y conmovedor hasta el espanto, ya que no le están ocultas cuantas generaciones han transcurrido y cuantas quedan, tal y como a mí no se me oculta, al cantar dicho cántico, qué y cuánto de él ha transcurrido desde el comienzo y qué y cuánto queda hasta el final¹³⁹. Pero lejos de mí pensar que Tú, creador del universo, creador de las almas y de los cuerpos...; lejos de mí pensar que Tú conozcas de esa

¹³⁶ Salmos 143, 8.

¹³⁷ Filipenses 3, 13.

¹³⁸ Se refiere al Cielo del Cielo, a la que se dedica el libro XII.

¹³⁹ De esta manera el plan de la creación se asemeja al de una partitura musical, comparación que retoma y amplía en el libro siguiente (XII 29, 40). Así cobran valor las consideraciones sobre los principios que organizan la materia del mundo —el modo, el número y el orden— hechas al inicio de la obra.

manera todo el futuro y el pasado. Mucho más: Tú lo conoces de una forma mucho más admirable y mucho más profunda. En verdad que la forma en que el sentimiento varía y en que el sentido de quien canta lo que conoce o escucha una canción conocida queda sujeto a la tensión entre la expectación de las voces que están por venir y la memoria de las pasadas no es semejante a como te sucede a ti, que eres inmutablemente eterno, es decir, creador verdaderamente eterno de las mentes. Por lo tanto, tal como conoces en el Principio el cielo y la tierra sin variación de tu conocimiento, así también *hiciste en el Principio el cielo y la tierra*¹⁴⁰ sin que tu actuación se desbordase.

Quien lo entienda, que te confiese,
 y quien no lo entienda, que te confiese.
 ¡Oh, qué *excelso* eres¹⁴¹!
 Y los *humildes de corazón* son tu casa¹⁴².
 Y es que Tú levantas a los abatidos¹⁴³.
 Y no caen aquellos cuya excelsitud eres Tú.

¹⁴⁰ Génesis 1, 1.

¹⁴¹ Salmos 137, 6.

¹⁴² Daniel 3, 87. Esa casa aparece identificada en XII 11, 12, con el Cielo del Cielo.

¹⁴³ Salmos 144, 14 y 145, 8.